

SELLÉS, J. F.; ZORROZA, I.; SORIANO, G.; CASTILLO, G. (coords.)  
*Filósofo, maestro y amigo. 234 Testimonios sobre Leonardo Polo*  
EUNSA, Pamplona 2018, 654 p. (pp. 532-534)  
[ISBN: 9788431332624]

191. JUAN C. VALDERRAMA ABENZA: *ERA LA IMAGEN VIVA DE NUESTRO DESEO*

Sólo con agradecimiento puede uno repasar años decisivos transcurridos en una Universidad como la de Navarra; con un agradecimiento profundo por el bien que la Universidad misma representa y por la compañía en ella de maestros y condiscípulos que siguen siendo –incluso más hoy que en el pasado– fuente de inspiración y estímulo permanente. El paso de los años, que tiende a borrar los perfiles de algunos de aquellos lazos, difuminar los recuerdos y transformar lugares, métodos y cosas, nos endosa además la extraña carga, antes o después, de tener que suceder a quienes seguimos ligados, sin voluntad realmente de otra cosa, como discípulos. En realidad no cabe en esto, desaparecido el maestro, sucesión alguna: tomar entre las propias manos su testigo es seguir frecuentándolo, aunque sea de otro modo, pero bajo la misma condición discipular. Los caminos trazados que luego uno recorre en su tarea siguen siendo en sus bases más profundas enteramente suyos. Y esta conciencia se vuelve cada vez más clara y esencial, y nos permite atrevernos a transitar por ellos del único modo como puede responderse al don recibido cuando no hay ninguna compensación posible desde la estricta justicia: con gratitud.

Muy escasa era ya la actividad docente de D. Leonardo en mis años de estudiante de Filosofía y luego doctorando, entre 1994 y 2002. Esto, unido a su porte, afable y señorial, su invariable gesto magisterial, con aquella frente despejadísima que acostumbraba a descansar, codo en la mesa, en el borde de su mano, bajo la que en ocasiones dejaba escapar su mirada

como furtivamente hacia el público asistente a sus lecciones, el tono de su voz, parsimonioso y grave, para algunos imperceptible, no hacía más que alimentar el halo de leyenda que para algunos de nosotros, jóvenes ansiosos de tener a quién emular, tenía el Prof. Polo. Había en él algo excepcional en lo que descubríamos –unos más, otros menos– el fruto granado de lo que entonces, en nosotros, era sólo un deseo, como si aquello que nos hubiera llevado hacia la Filosofía en Pamplona hubiese sido, sin todavía saberlo, precisamente aquello que encarnaba él: convertirnos al cabo de unos años en una vida entregada al servicio de la búsqueda sincera y apasionada de la verdad. Esto se traducía en un indecible orgullo para quienes, como era mi caso, teníamos ocasión de colaborar de forma muy modesta en la conservación y difusión de su conocimiento, mediante la grabación de sus clases o la trabajosa corrección del texto resultante de la digitalización, entonces aún muy imperfecta, de la edición en Piura de *Hegel y el posthegelianismo*.

Quizá fuese la admiración que provocaba de forma espontánea en todos nosotros, o incluso la veneración de quienes sentíamos tener ya mucho en la ocasión que se nos brindaba de poder asistir a sus lecciones diariamente, la que en mi caso me llevó a mantener con él siempre cierta distancia, fruto del respeto y de una errónea intuición –que entonces creía yo absolutamente cierta– sobre lo molestas que podrían resultarle las vagas ideas y consultas de un simple estudiante a quien era referencia para tantos de tantas generaciones. Era más bien por otros, sin duda afortunados, que podía sentirse uno en ocasiones más cerca de D. Leonardo. Recuerdo en este sentido a Salvador Piá, D. Jorge Mario Posada el tiempo que coincidió en Pamplona, antiguos alumnos o discípulos que ocasionalmente recalaban en la Universidad... A ellos íbamos deseosos de historias de D. Leonardo, de sus tiempos juveniles, de su vocación tardía, como una vía de acceso aunque indirecta a él pero que nos permitía sentirnos próximos también a todo aquel abigarrado circuito de ideas que se movían en torno a él y del que deseábamos participar, conscientes del privilegio que aquello representaba.

Alguna vez en todo caso, armado de valor, me atreví a entablar con él alguna conversación, aunque siempre intranscendente, sobre cuestiones académicas o algunos de los puntos que trataba en clase. Con su sonrisa permanente, disponible y paciente, siempre mostró verdadero interés.

Desde luego, tenía sobrado motivo para todo lo contrario, y mostrarse altivo o displicente cuando le obligábamos a bajar con nuestras preguntas a nuestro terreno, que no era evidentemente el suyo, pero en el que daba muestras de sentirse cómodo por la simple razón de su afecto al magisterio, que es el amor a lo que se insinúa en el otro como una prometedora posibilidad. Fue, en este sentido, realmente un maestro, para el que la comunicación de lo sabido formaba parte entrañablemente del saber mismo. No obstante, como digo, nada en concreto puedo aportar en este aspecto, siempre yo espectador atento pero no en realidad –salvo esas contadas ocasiones– su interlocutor.

Muy pronto mis intereses intelectuales me derivaron al terreno de la filosofía práctica, en cuya área departamental colaboré algunos años y en la que realicé después mi tesis doctoral. Algunos de sus cursos y obras publicadas entonces en ese campo de la filosofía social y, por supuesto, de la antropología y la ética, no sólo me fueron de especial valor, sino que siguen constituyendo también hoy lecturas recurrentes, desde su *Ética: hacia una versión moderna de los temas clásicos*, *Quién es el hombre* y *Presente y futuro del hombre*, a *La persona humana y su crecimiento* o *Sobre la existencia cristiana*, por ejemplo, junto a otros ensayos, capítulos y artículos todavía dispersos por otras fuentes o que comenzaban a editarse precisamente por aquellos mismos años, en los alrededores del nuevo siglo. Por lo demás, tampoco mi dedicación en el área de la filosofía social y política me ha apartado de mi interés por los problemas específicos de la metafísica y gnoseología que tanto en clave histórica como sistemática, me han ido conduciendo una y otra vez durante todos estos años –y los que han de venir– a los escritos de aquel viejo Profesor, ciertamente, como indicaba al inicio, con una conciencia de gratitud cada vez más pronunciada.

Juan C. Valderrama Abenza  
Doctor en Filosofía  
Profesor de Filosofía  
Universidad CEU Cardenal Herrera  
Valencia –ESPAÑA–  
jvalabe@uchceu.es